

Como transmitir la fe en la familia actual: I. La educación en la fe

En las próximas reuniones vamos a acercarnos comunitariamente al tema de la transmisión de la fe a nuestros hijos. Como creyentes nos planteamos cómo compartir e don de la fe con nuestros hijos y lograr que nuestras familias sean verdaderas Iglesias domésticas, como dijo el Concilio.¹ En esta primera reunión abordamos el tema de la educación en la fe en general; en la próxima reunión nos centraremos en el tema de la oración en la familia.

Condiciones básicas para vivir la fe en la familia²

Entendemos por familia cristiana «aquella que quiere ser cristiana y que aspira a vivir su realidad familiar de acuerdo con las exigencias de la fe»³. Esto exige fundamentalmente: que en el hogar se den unas condiciones básicas de convivencia familiar sana; que la familia sea capaz de compartir su fe (en la oración, en la celebración de la comunidad); que se eduque a los hijos en la fe.

Es inútil hablar de la vivencia de la fe en a familia si no se dan en el hogar unas condiciones básicas. Indico algunas de gran importancia:

- Es fundamental que *los padres se quieran* y que los hijos sepan que se quieren. Saber y experimentar que los padres se quieren es la base para crear un clima de confianza, seguridad y convivencia gozosa. En ese clima se puede vivir la fe.
- Es importante el *afecto de los padres hacia los hijos*: atención personal a cada uno, cercanía (dedicarles tiempo, interesarse por sus cosas, hablar con cada uno), respeto grande por encima de los que el hijo pueda pensar, decir o hacer. Los padres ejercen una importante función simbólico-mediadora. De alguna manera, los hijos perciben a través de ellos y en su bondad, compañía, respeto, perdón, el misterio de un Dios Bueno.

¹ Cf. CONCILIO VATICANO II, *Constitución dogmática «Lumen Gentium» sobre la Iglesia*, n. 11.

² Tomado de J.A. PAGOLA, *Cómo vivir la fe en la familia actual*. San Sebastián ⁶2004, pp. 19-23.

³ V. SASTRE, "Zonas conflictivas entre el mundo moderno y la familia cristiana" : *La familia como urgencia educativa*. Madrid 1982, p. 33.

- Es también importante *el clima de comunicación*. La falta de comunicación impide la vivencia de la fe en el hogar. Comunicación de la pareja entre sí y comunicación con los hijos. Hay que evitar lo que sea desconfianza, recelo, dictadura, agresividad, imposición de silencio. Exige también momentos de convivencia diaria o, al menos, semanal (cierto control de la televisión, concretar momentos de encuentro, salidas juntos...). Es importante charlar con los hijos, escucharlos sobre los asuntos que afectan a toda la familia, distribuir amistosamente tareas, participar de los éxitos o dificultades de los hijos en los estudios. Además hay que tener en cuenta que para un hijo es muy importante que los padres le dediquen tiempo a él solo. No es tan importante estar mucho tiempo, sino que cuando la familia se reúne se pueda estar a gusto en un clima de confianza, cercanía y cariño.
- Es importante también *la coherencia* entre lo que se dice o se pide a los hijos y lo que se hace. Se pueden cometer errores y tener fallos o momentos malos; lo importante es mantener una postura de fondo coherente. Un comportamiento coherente con la fe y las propias convicciones tiene peso y valor decisivo, sobre todo en el mundo adolescente y juvenil. Es este clima de coherencia el que convence y le da a la familia fuerza educadora. Es esa forma sana de vivir la que educa y ayuda a ver la importancia y el valor de la fe.
- Es también de gran importancia pasar de una fe individualista a *una fe más compartida* en la pareja y en toda la familia. A veces en el hogar (¡y en la pareja!) se comparte todo menos la fe y las vivencias religiosas. Tenemos una especie de pudor, nos falta costumbre, dejamos todo lo religioso para cuando se va la iglesia. Para lograr vivir la fe de forma compartida habrá que empezar por cosas sencillas (rezar con los hijos más pequeños, ensayar la oración en pareja, mejorar la oración antes y después de las comidas, etc.).

La educación de la fe en la familia⁴

Los padres, en general, se preocupan mucho de la formación humana y académica de sus hijos por las consecuencias que puede tener para su futuro. Quieren para el hijo lo mejor. Sin embargo, no se da la misma importancia a la educación en la fe. Ser creyente o no serlo, no parece muy importante para el futuro feliz del hijo. Y muchos padres «delegan» esta tarea en la catequesis parroquial o en el colegio; son muchos menos lo que se preocupan personalmente y de cerca de la educación cristiana del hijo. Se escuchan casi siempre las mismas excusas: «nos falta preparación», «no hay tiempo»...

⁴ Tomado de J.A. PAGOLA, *Cómo vivir la fe en la familia actual*. San Sebastián ⁶2004, pp. 32-38.

Sin embargo, un niño que participa en la catequesis parroquial o recibe formación religiosa escolar sin tener en su hogar referencia religiosa alguna, es difícil que asimile e interiorice la fe. Si en casa Dios no tiene importancia alguna, si Cristo no es punto de referencia, si no se toma en serio la religión, si no se viven las actitudes cristianas básicas, la fe no enraizará en él. El clima familiar es absolutamente necesario para interiorizar el mensaje religioso que el niño recibe en la catequesis o en el colegio. Una familia consumista, preocupada sólo por su bienestar material, donde Dios está ausente, donde se viven relaciones egoístas y poco respetuosas, una familia insolidaria, cerrada a los problemas de los demás, anula prácticamente la labor de la catequesis o del colegio y se convierte en factor descristianizador.

Objetivo de la educación en la fe

No estamos hablando de la educación en general, sino de la educación de la fe. ¿Qué queremos decir con eso? ¿Qué pretendemos? De manera general, el objetivo es que los hijos entiendan y vivan de manera responsable y coherente su adhesión a Jesucristo, aprendiendo a vivir de manera sana y positiva desde el evangelio.

Pero hoy la fe no se puede vivir de cualquier manera. Ese hijo necesita aprender a ser creyente en medio de una sociedad descristianizada. Esto exige hoy vivir una fe personalizada, no por tradición sino fruto de una decisión personal; una fe vivida y experimentada, es decir, una fe que se alimenta no de ideas y doctrinas sino de una experiencia gratificante; una fe no individualista sino compartida en una comunidad creyente; una fe centrada en lo esencial, que puede coexistir con dudas e interrogantes; una fe no vergonzante, sino comprometida y testimoniada en medio de una sociedad indiferente.

Esto exige todo un estilo de educar hoy en la fe donde lo importante es transmitir una experiencia religiosa más que ideas y doctrina; enseñar a vivir valores cristianos más que el sometimiento a unas normas; desarrollar la responsabilidad personal más que imponer costumbres; introducir en la comunidad cristiana más que desarrollar el individualismo religioso; cultivar la adhesión confiada a Jesucristo más que resolver con exactitud todas y cada una de las dudas.

Algunas pautas de actuación

No descuidar la propia *responsabilidad*. Nada de pesimismo ni de renuncia a la propia tarea. Es mucho lo que se puede hacer. En primer lugar, preocuparse de que el hijo reciba una educación religiosa en el colegio y tome parte en la catequesis parroquial. Luego, seguir muy de cerca esa educación que el hijo está recibiendo fuera del hogar, conocerla, y colaborar desde casa apoyando, estimulando y ayudando al hijo. En el hogar,

actuar sin complejos, sin esconder o disimular la propia fe. Esto es importante para los hijos.

Es necesario también recordar que, a través de su conducta, los padres, sin darse cuenta, van *transmitiendo* a los hijos una *determinada imagen de Dios*. La experiencia de unos padres autoritarios, temibles, controladores, va transmitiendo la imagen de un Dios legislador, castigador, juez vigilante. La experiencia, por el contrario, de unos padres despreocupados y permisivos, ajenos a los hijos, va transmitiendo la sensación de un Dios indiferente hacia lo nuestro, un Dios como inexistente. Si los hijos, sin embargo, viven una relación de confianza, comunicación, comprensión con sus padres, la imagen de un Dios Padre se va interiorizando de una manera muy distinta en sus conciencias.

En la educación de la fe lo decisivo es el *ejemplo*. Que los hijos puedan encontrar en la familia «modelos de identificación», que no les sea difícil saber como quién deberían comportarse para vivir de manera sana, gozosa y responsable, la fe. Sólo desde una vida coherente con la fe se puede hablar a los hijos con autoridad. Este testimonio de vida cristiana es particularmente importante en el momento en que los hijos, ya adolescentes o jóvenes, van encontrando en su mundo otros modelos de identificación y otras claves para entender y vivir la vida.

Es necesario *superar el autoritarismo*. Una educación autoritaria no conduce a una vivencia sana de la fe. La educación basada en imposiciones, amenazas y castigos es dañosa para la fe. El padre que no admite réplicas, no ofrece explicación, no razona, no orienta, no expone su propia experiencia, no está educando en la fe. Por lo general, esta actitud autoritaria denota falta de seguridad y de criterios. El hijo que vaya interiorizando la fe en un clima de coacción, amenazas y presiones, probablemente abandonará más adelante esa experiencia religiosa negativa y poco satisfactoria.

Por bien intencionadas que sean, no todas las estrategias garantizan una educación sana de la fe. No basta, por ejemplo, crear hábitos de cualquier manera, repetir gestos mecánicamente, obligar a ciertas conductas, imponer la imitación. Sólo se aprende lo que se hace con sentido. Sólo se comprende lo que se experimenta. Se aprende a creer en Dios cuando, a nuestra manera, hacemos la experiencia de Dios. No es bueno rezar sin rezar, cumplir sin vivir, practicar sin saber por qué. El cristianismo se aprende viviéndolo gozosamente. «Sólo educa aquello que se aprende afectivamente, con el corazón más que con la cabeza». Por eso, la estrategia acertada es vivir la fe compartiéndola gozosamente con los hijos.

Algunos puntos concretos

- *Conocer el mundo de los hijos.*
- *Los amigos de los hijos.*

- *Los medios de comunicación* (TV, Internet...)
- El *uso del dinero* es otro aspecto importante para la educación cristiana en una sociedad consumista. Es deseducador dar al hijo un dinero fácil o plegarse a todos sus caprichos llenándolo de cosas y preparándolo así para el consumismo. El niño tiene que experimentar que el dinero es fruto de un trabajo, tiene que conocer y estimar más una vida sobria y sana, tiene que saber que el bienestar material no es el objetivo más importante de la vida y que es inhumano vivir de manera insolidaria ignorando a los más desfavorecidos de la sociedad y de la Tierra.



PARA COMPARTIR EN LA REUNIÓN DE COMUNIDAD

**“En lo necesario, unidad;
en lo discutible, libertad;
en todo, caridad”
(S. Agustín)**

Las siguientes pistas pueden orientar nuestra reflexión compartida:

- Leer *Dt 6, 4-9* y *Est 14, 5*. ¿Cómo resuena esta palabra de Dios en el AT en nuestro corazón?; ¿podemos sacar alguna aplicación práctica para nuestra vida?
- La educación de los hijos es un tema importante que tenemos que abordar en el seno de la pareja. Para nosotros, como seguidores de Jesús, ¿qué importancia le damos a la transmisión de la fe en nuestra familia? ¿Compartimos madre y padre la misma visión?
- Podemos compartir nuestra experiencia de transmisión de la fe que hicieron nuestros padres. ¿Qué nos gustaría repetir con nuestros hijos?, ¿qué necesitamos cambiar?
- Cada familia tiene su propio camino para ir aprendiendo a compartir más y mejor su fe. Las posibilidades son muchas. Teniendo en cuenta nuestra realidad de niños aún pequeños, ¿qué podemos hacer?, ¿por dónde podemos empezar para no caer en una fe individualista?
- Propuestas concretas para transmitir la fe. (En la próxima reunión trataremos el tema de la oración y la celebración en familia, pero es inevitable que surja el tema en la conversación, así que no nos preocupemos.)

Anexo

Decálogo para mejorar la autoestima en la familia⁵**1. Disponibilidad**

Consiste en dedicar tiempo (¡que es lo que menos tenemos!) a atender a nuestros hijos y pareja. Hay que estar disponible, porque hay problemas que sólo se arreglan en el momento en que el otro se anima a plantearlo y pide ser escuchado. Recordemos nuestra experiencia: nuestros padres sólo nos dejan realmente el tiempo que pasaron con nosotros. Demos tiempo al otro.

2. Comunicación padres-hijos: que los padres hablen menos y escuchen más

En muchas familias, cuando un padre o madre dice “hijo, tenemos que hablar”, el chaval piensa “uy, malo, malo”. ¿Por qué? Porque sabe que los padres cuando dicen “tenemos que hablar” quieren decir “te voy a soltar un discurso por algo tuyo que no me ha gustado”. Esto cambiaría si los padres se hicieran un propósito: dedicar el 75% a escuchar y sólo el 25% a hablar. Escuchar a los hijos, o a la pareja... o a cualquiera es un esfuerzo activo: hay que soltar el periódico, quitar el volumen de la tele, girar la cabeza, mirar a los ojos, expresar atención. Esto es escucha activa, que es la que sirve para mejorar la autoestima de la familia.

3. Coherencia en los padres y autoexigencia en los hijos

No tiene sentido decirle a los niños desde el sofá: “eh, tú, ayudad a mamá a quitar la mesa”. Hay que dar ejemplo. Tú, padre, has de quitar la mesa durante muchos días, que te vean; después dices a tu hijo. “Venga ahora entre los dos”. Y algunos días después: “estoy orgulloso de ti, ahora ya has aprendido y ya puedes quitar la mesa tú solo”. Y entonces se sentirá orgulloso de quitar la mesa. Así los niños aprenden a autoexigirse, que es mucho mejor que tenerlos vigilados las 24 horas al día. Esto es un progenitor potenciador, motivador, animador y protector al mismo tiempo. También pedimos a los niños que estudien pero ¿nos ven a nosotros estudiar, leer revistas especializadas, ponernos al día en nuestra especialidad? Hemos de poder decir: “mirad, hijos, nosotros también estudiamos”.

4. Tener iniciativas, inquietudes y buen humor, especialmente con el cónyuge

La rutina es un enemigo en las relaciones conyugales y con los hijos. El punto clave es que haya creatividad e iniciativa en la vida de pareja y eso se contagiará a toda la familia. Las mejores horas deben ser para compartir con la pareja. Ser papá y mamá no puede hacernos olvidar que somos “tú y yo, cariño, nosotros”. Creatividad e iniciativa protegen a la pareja de la rutina. Si la pareja va bien, los hijos aprenden su “educación sentimental” simplemente viendo cómo se tratan papá y mamá, viendo que se admiran, se halagan, se alaban, son cómplices. “Cuando sea mayor trataré a mi espos@ como mis padres se trataban”, piensan los niños entusiasmados. Eso les da autoestima.

5. Aceptar nuestras limitaciones y las de los nuestros

Hay que conocer y aceptar tus limitaciones, las de tu cónyuge, las de tus hijos. Pero es importantísimo no criticar al otro ante la familia, no criticar a tu cónyuge ante los niños, o a un niño ante los hermanos, comparando a un hermano “bueno” con uno “malo”. Eso hace sufrir al hijo y le quita autoestima. Es mejor llevarlo aparte y hablar.

6. Reconocer y reafirmar lo que vale la otra persona

⁵ Cf. <http://www.agea.org.es/20050222337/diez-principios-para-mejorar-la-autoestima-en-la-familia.html>

Seamos sinceros: no tiene sentido que andemos llamando “campeón” a nuestro niño que nunca ha ganado nada. Si ha perdido un partido de fútbol, no le llames campeón. Ha de aprender a tolerar la frustración, acompañado, eso sí. También hemos de saber (grandes y pequeños) que somos buenos en unas cosas y no en otras. “Hijo, pareces bueno en A y en B, pero creo que C no es lo tuyo”. Reafirmemos al otro en lo que vale, y se verá a sí mismo como lo que es, una persona valiosa.

7. Estimular la autonomía personal

Uno se hace bueno a medida que va haciendo cosas buenas. Es importante que lo entiendan los hijos. Lo que se hace es importante: hacer cosas buenas nos hace buenos a nosotros. Esta idea ayuda a tener autonomía personal, hacer las cosas por nosotros mismos, para mejorar nosotros.

8. Diseñar un proyecto personal, de pareja, comunitario

No irás muy lejos si no sabes donde quieres ir. Quedarte quieto no es factible, uno tiende a volver a quedarse atrás. Has de tener un proyecto para crecer, y atender y ayudar a discernir y potenciar los proyectos de los tuyos. También como pareja, y para vivir la fe en la comunidad.

9. Tener un nivel de aspiraciones alto, pero realista

Hemos de jugar entre lo posible y lo deseable. Si aspiramos alto, nos valoraremos bien, tendremos autoestima. Pero, ¿es factible? Debemos conjugar un alto nivel de aspiraciones con la realidad de nuestras capacidades y recursos.

10. Elegir buenos amigos y amigas

El individualismo es el cáncer del s.XXI. Nosotros y nuestros hijos estamos atados a máquinas gratificantes: el DVD, la TV, la videoconsola, Internet... El trabajo en solitario va minando la amistad verdadera. ¡Los amigos comprometen mucho y al individualista no le gustan los compromisos! Sin embargo, necesitamos más que nunca amigos humanos, personas, grandes y buenos amigos, con los que compartir muchas horas, conversaciones sinceras y cercanas, amistades de verdad, que te apoyen y te conozcan auténticamente, que te acepten con tus fallos y potencien lo mejor en ti. Seleccionar amigos así para ti y para los tuyos es la mejor inversión.

- Hemos de entender que la autoestima, el amar y el amarse son sacramentos, conducen a los demás a reconocer la presencia de Dios en sus vidas. ¿Has pensado en cómo te ama Dios, en lo grande, lo sobrenatural de Su amor por ti? Piénsalo. Eres muy especial para Él. Cuando vivas este amor, comunícalo a tus hijos.
- Si luchas, puedes perder, pero si no luchas ya estás perdido. Si luchas por tu vida familiar, no estás perdido.